

Alfredo Baranda

Drácula

luz de mi vida



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

XI Premio Tristana de Novela Fantástica
convocado por el Ayuntamiento de Santander

© Alfredo Baranda, 2019

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2019

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-58-2

Dep. Legal: P-136/2019

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Antonio Gallardo
y Francisco Cuenca*

«Los cuervos afirman que un solo cuervo podría destruir los cielos. Indudablemente, así es; pero el hecho no prueba nada contra los cielos, porque los cielos no significan otra cosa que la imposibilidad de cuervos.»

FRANK KAFKA

UNO

Drácula, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Drá-cu-la: la punta de la lengua emprende un viaje...

29 de abril de 1897. Ese día, a las 9:26 a. m. salía a la luz, calentito aún y húmedo de tinta, el primer ejemplar impreso de ese infumable bodrio victoriano que Bram Stoker y yo pergeñamos en apenas unos meses, y en el que por primera vez aparecía el nombre que me habría de acompañar durante el resto de mi vida: Drácula. Pasan los años, las décadas, los siglos y me sigue gustando su tenebrosa sonoridad, sus ecos lúgubres, la acústica subterránea que se desprende al pronunciarlo. Drá-cu-la. ¿No me digas que no es eufónico?

Todos los grandes pensadores han hallado una conexión profunda entre ética y estética, o, para ser más precisos, entre la Belleza y el Bien, entre la Fealdad y el Mal. Malo/Feo, Bueno/Hermoso. Las dicotomías excluyentes, las parejas conceptuales que se han venido manejando desde Aristóteles, para que, tras veinticinco siglos de trasiego filosófico, los guionistas de Hollywood las hayan puesto por fin a trabajar y a producir unos réditos ciertamente sustanciosos.

El vampiro se rige por esas cláusulas sin haberse puesto a razonar sobre ellas. Lo hace porque sí. Sin más. Debe haber belleza en sus actos. Punto. Solo la belleza los justifica y los hace posibles. Belleza. Belleza. Ese es el criterio último, el argumento infalible. La justificación, si la necesitara.

Haz algo, lo que sea, pero cuida sus parámetros estéticos. La simetría, las dimensiones, las relaciones entre las partes constituyentes, la ondulación de las sensaciones que pueda producir cada paso que des, cada movimiento de tu cuerpo. Ese es el desiderátum final. Nada de chapuzas. Los fragmentos no deben parecerlo. Tienen que estar dispuestos de tal forma que el conjunto parezca un todo coherente. Y bello. Sobre todo, eso. Lo que se desencaja debe encajar en otro sistema de signos. Sentido de la composición, sentido del ritmo interior de los objetos inanimados. La relación de los colores. Eso es fundamental, fundamental. A veces hay que borrar; bueno, pues se borra. O difuminar; no pasa nada, se difumina. Si hay que añadir; se añade sin ningún problema.

El cadáver, en el caso de que lo haya, debe tener una apariencia de cadáver, nunca de otra cosa. Los ojos han de estar abiertos, aunque no desmesuradamente abiertos. Solamente abiertos. Como los tuyos ahora, como los míos. Evitemos el histrionismo, el exceso, el artificio dramático. Que los ojos miren, que parezcan estar mirando. Mirando desde la muerte. Ahí está la clave. Ojos que te miran desde el pozo del infinito con las pupilas dilatadas. La mirada de un muerto es atterradoramente bella. O bellamente aterra-

dora. No dice nada, es de una neutralidad que apabulla, opaca e inescrutable. Belleza silente. No habla, se limita a gritar; pero se trata de un grito mudo, mudo en todos los sentidos. Ni se oye ni significa nada. Es el grito quintaesenciado, su esencia más íntima. El horror, por tanto. Eso es lo que la persona que se encuentra con el cadáver tiene que sentir. El vértigo ciego de la muerte mirándolo sin decir nada. Esperándolo sin más. De ahí la parálisis de quien se ha encontrado el cadáver por sorpresa. También él da un grito, y también es un grito mudo, un coágulo de sonido que no acaba de estallar.

Acabar. Desaparecer. No estar, que es como no haber estado nunca antes. El que desaparece deja la marca de su paso en forma de recuerdo. Apenas un huequecillo, una minúscula concavidad en el tejido de lo existente. La misma que deja una gota de lluvia estival en una lona tensa. La gota se escurre y se evapora. Ya no hay nada. ¿Quién puede afirmar que hubo allí una gota de agua alguna vez? Cuando mueras, no solo dejarás de estar en el mundo: no habrás estado nunca en él.

El que muere se transforma de inmediato en un personaje de ficción en la novela del recuerdo. Pasa a ser un fantasma de la imaginación, un espejismo. Aquel que recuerda a un muerto lo que en realidad está haciendo es imaginar a un vivo que nunca existió. Todo recuerdo es un ejercicio de la fantasía, no de la memoria.

La muerte es una nada mucho más vasta que la nada de juguete que los humanos os empeñáis en imaginar. Y no

podéis imaginarla por la sencilla razón de que el cerebro con el que pensáis es algo, y de la misma forma que es imposible concebir cuatro dimensiones espaciales con un cerebro de tres, o la infinitud con un cerebro finito, también lo es concebir la ausencia de todo a partir de una sustancia que es cualquier cosa menos ausencia. La Nada solo es accesible mentalmente cuando ya se ha estado en ella. Solo si has estado en la muerte, que no es más que un aspecto minúsculo de la Nada, puedes saber de lo que se habla cuando se dice «nada». *Capisci?*

Cuando has estado dentro de la muerte —en su estómago, podríamos decir—, se te hace accesible el concepto. O mejor dicho, deja de ser eso, un concepto vacío, para transformarse en el conocimiento íntimo de su esencia. Cuando se vuelve de allí, uno comprende al instante que todo lo que tiene ante sí no es más que una modalidad algo ruidosa de la Nada. Lo que se aparece como «algo» no es más que la protuberancia efímera de su negación. No pongas esa cara y concéntrate. Escucha.

Un fundido en negro. Abrimos a un plano apenas iluminado por una debilísima fosforescencia verdosa. La que emana de mi propio cuerpo en descomposición. Estoy despertando y comprendo al instante que estoy muerto. El olor es nauseabundo, es el olor de la pudrición. Estoy respirando los miasmas de las diversas fermentaciones que están teniendo lugar dentro de mí, en cada órgano, en cada tejido. Todo se está descomponiendo en mi interior lenta y pausadamente, a un ritmo constante, sin pausas, como si

un oscuro director entre bambalinas estuviera dirigiendo la orquesta sinfónica de la podredumbre; cada instrumento afinado en el diapasón exacto, cada uno interpretando la nota esperada. Abro los ojos al terror, no de la muerte abstracta, sino al terror de mi muerte. Sé, y lo sé de manera incontrovertible, que el muerto soy yo, que eso que huele así de mal no es otra cosa que mi propio cadáver.

Eso es lo terrible. Estás, en el centro del horror más inmundado, en el mismo tuétano de la desesperación. Y estás inmóvil, quieto, atado a la muerte, asistiendo como espectador pasivo a un proceso que de por sí ya sería escalofriante si lo contemplaras al aire libre y fuera otra la persona que se estuviese descomponiendo. Pero no, no hay una tercera persona. Es la primera persona del singular del presente de indicativo. «Estoy muerto.» Yo estoy muerto. Y me pudro. Y puedo pensar sobre ello.

Y, por supuesto, sigues sintiendo como si no lo estuvieras, y de hecho con mayor agudeza. Tienes una conciencia de tu cuerpo como no la tuviste jamás mientras el cuerpo estaba vivo. Por eso notas perfectamente la inflamación progresiva de los órganos a causa de los gases; por eso percibes con claridad el hormigueo de los músculos al degradarse sus azúcares, y la ausencia de circulación sanguínea en determinadas partes, y el calor de las fermentaciones internas que se va apoderando de ti con una pauta constante. La sensación de que te estás cocinando a fuego lento desde dentro, de que te están cocinando con una lumbre que tú mismo suministras: la leña de tus vísceras.

Sin embargo, no hierves de manera uniforme. De hecho, hay zonas que van perdiendo calor. Las zonas donde la fermentación ya ha acabado o es muy poco intensa. Así de asimétrico es el proceso, así de confuso.

Tus capacidades perceptivas están agigantadas. En ese sentido, eres una máquina perfecta. Todos tus sentidos funcionan a un nivel que jamás soñaste poder alcanzar cuando vivías. De hecho, has abierto los ojos y en pocos segundos tu capacidad de visión, en medio de una luminiscencia que nunca hubieras considerado tal en vida, se te ha revelado inaudita. Una persona viva, en esas condiciones, apenas captaría atisbos de negrura informe. Tú, sin embargo, que eres un muerto, alcanzas a ver formas, puedes atisbar tu silueta en escorzo, los vértices del ataúd o los pliegues del acolchado. Tus fosas nasales son capaces de registrar matices que a un vivo le pasarían desapercibidos. Ni que decir tiene que esa agudeza olfativa es desastrosa para ti, porque estás dentro de una caja sellada en la que está teniendo lugar un proceso de corrupción orgánica, con todo lo que eso significa. La percepción acústica está también acentuada. Lo oyes todo. Y cuando digo todo, me refiero, claro está, a todo lo referente a ti, qué otra cosa ibas a oír si ya no hay exterior, si solo hay eso, tu cuerpo degradándose en el adobo corrosivo de la muerte.

Te oyes... por dentro. Oyes, por ejemplo, el ruido de la miríada de bacterias que en el estómago y los intestinos están realizando su labor, una labor sorda se diría en cualquier otra circunstancia. No aquí, no ahora, porque lo cier-

to es que puedes oír y, de hecho, oyes muy bien su runrún devastador, su bisbiseo de carcoma enloquecida y voraz. En medio de ese silencio de tumba, no hay sonido que no te pertenezca, que no salga de ti. Y tú lo oyes como si los oídos se te hubieran invaginado y escucharan hacia dentro. El cuerpo está comiéndose a sí mismo; las pacíficas enzimas que tanto lo ayudaron en vida se han convertido en carroñeras y están devorando las células muertas con una codicia que se parece mucho al rencor. Y ese proceso hace ruido. Como el de los fluidos espesándose, el de los nervios distendiéndose, el del metano creando flatulencias en los espacios huecos, el de los órganos desplazándose, el de los humores supurando. La muerte es de una complejidad apabullante. Puede resultar paradójico, pero la actividad interna en un cadáver, medida en unidades de trabajo por centímetro cuadrado, es mayor que la de un ser vivo en reposo. Curioso, ¿verdad?

Pues bien, de ese alambique burbujeante de terror destilado es de donde va a brotar el vampiro. Llegamos un momento en que la angustia alcanza una masa crítica, el espanto se coagula y se comprime de tal forma que acaba convirtiéndose en un grumo de negatividad infinita, un punto de una densidad monstruosa.

Efectivamente, una especie de agujero negro de la experiencia sensible que, en su poder de absorción, incluso se devora a sí mismo para convertirse en su contrario, transformando la muerte y la conciencia de haber muerto en una nueva vida. La mía.

Vale, de acuerdo, podemos admitirlo como desenlace (feliz) del proceso. Pero ya habrás advertido la confusión ontológica que subyace. Porque, ¿quién es el que siente y experimenta ese horror?, ¿el que ya ha muerto o el que todavía no ha nacido?

¿No lo entiendes? No te preocupes, tampoco Bram Stoker se enteraba de nada. No hacía falta que lo hiciera. Ni tampoco quería liarlo con consideraciones que para nada se avenían con mi objetivo final y que incluso podían entorpecer el esquematismo infantil que yo pretendía para la obra.

«Señor Stoker», le dije tras leer la versión definitiva de la novela que le había encargado redactar, «de su Drácula lo único que me gusta es el nombre, todo un hallazgo, he de admitirlo. Es cierto que, en lo básico, ha respetado mis indicaciones; pero desplegadas con una truculencia más bien plomiza y en un marco de superficialidad abrumadora. Es una obra banal, aburrida, ramplona, llena de inconsistencias y muy mal articulada. Lo único terrorífico que hay en ella es el estilo».

Se lo dije fingiendo un enfado que, por supuesto, no existía. Pero el Barbas era de una candidez conmovedora. Tenías que haber visto cómo lloraba. Con qué ternura lo recuerdo. Un hombre leal do los haya. Tenía una sangre viscosa, de un color rojo intenso, casi escarlata. Oía mal y sabía aún peor, como todas las sangres sifilíticas. Pero era nutritiva. Un verdadero reconstituyente.

La de su esposa, sin embargo, era una sangre ligera,

muy aromática, casi dulce; pero de muy baja calidad alimenticia, contradicciones típicas. Florence Balcombe me amó desde el primer instante y me siguió amando con una pasión desolada, con furia silenciosa, con un ardor mudo pero inflexible. Él también me amó, a su manera. Es decir, cadenciosamente, con sigilo, con miedo.

Me gustaban como pareja, tan atildados y relucientes, tan modositos, tan serios y a la vez tan pueriles. Querían, cómo no, seguir viviendo tras su fallecimiento oficial. La idea de que, una vez muertos, pasarían a ser unos vampiros depravados y libertinos les cosquilleaba por dentro como una deliciosa bebida carbónica. Ellos, que se habían pasado la vida fingiendo virtudes de las que en realidad abominaban, vislumbraban su futuro de ultratumba como la desenfrenada orgía de la que nunca pudieron disfrutar dentro de sus cuerpos aburguesados, aptos solo para vivir unas vidas mortecinas, decapitadas por el decoro y la decencia.

Pero no nos adelantemos. Me había presentado en su alcoba sin previo aviso, de noche, claro está, justo en el momento en que, con los postigos cerrados a cal y canto, daban rienda suelta a su lascivia de juguete. La gazmoñería que simulaban en público había acabado poniendo tantas capas de sobriedad sobre sus prácticas sexuales que, cuando se ponían a ejercitarlas, el resultado se parecía mucho a una sesión de..., no sé cómo definirlo, ¿como pornografía burocrática? No creo que tal cosa sea posible, pero algo así.

Ponían ahínco, no hay duda, pero eran muy torpes y dubitativos en la ejecución, como si en todo momento

temieran traspasar una línea a partir de la cual ya no hubiera regreso posible. Estuve un rato viéndolos retozar sobre las sábanas y oyéndoles decir palabras impúdicas que todavía pronunciaban sonrojándose. Parecían dos niños hipertrofiados dando sus primeras clases de inmoralidad. La escena era lamentable, pero, a su manera, resultaba excitante. ¿Qué harían esos dos tortolillos de la indecencia cuando vieran que alguien estaba siendo testigo de sus fatigosísimas maniobras? La verdad es que me daba pena corporeizarme y aparecer ante ellos.

Pero lo hice. ¡Zas! Ya era visible en medio de la semipenumbra verdosa que expandía una lamparilla asmática. Me vieron arrellanado en la butaca de cuero capitoné, a dos metros escasos del tálamo pecaminoso, una cama con baldaquino que probablemente concibieron como un lujoso galeón del placer; pero que, vista desde mi perspectiva, no pasaba de ser una chalupa encallada en la rutina del acoplamiento conyugal.

No te haces una idea del asombro que se dibujaba en esos dos rostros estupefactos que me miraban y se miraban alternativamente sin acabar de dar crédito a lo que veían sus ojos. Se habían incorporado a medias y ahora estaban de rodillas sobre la cama, paralizados, sin deshacer del todo lo que hasta ese momento había sido una especie de abrazo gimnástico, como de judocas inexpertos.

Me puse a reír. Quería distender un poco el ambiente. Reconozco que no es plato de gusto que aparezca un extraño en tu habitación justo en el momento en que vas a

dar un mordisco a la mejor manzana del Paraíso. La risa no distendió nada. Quizás hizo todo lo contrario. Los señores Stoker seguían estando tan pálidos como al principio. Más si cabe. Palidísimos y quietos, rígidos como una escultura de mármol rosáceo. Me levanté. Temblaron. De eso se trataba, de que empezaran a moverse, ya fuera mínimamente.

«Déjenme que me presente. Me llamo Arminius Vámbery, conde de Faulkov. Soy un vampiro; el más insigne de los vampiros, para ser exactos. Les presento mis disculpas por esta sorpresiva intromisión, pero mis vistas se producen siempre de la misma manera. ¿Les importa que fume?»

El grupo escultórico comenzó a desplazar ligeramente su masa. El miedo se les iba diluyendo bajo el calor analgésico de mis pupilas. Mi mirada puede ser sedante si así lo decido; pero eso no impide que siga evaluando con su habitual agudeza.

Había unas diferencias muy marcadas entre ambos cuerpos. La señora Stoker era diez años más joven que su marido. Y eso se notaba. Pude comprobar que, en efecto, Florence era, a sus treinta y cinco años, una mujer ciertamente atractiva, algo de lo que ya me había hablado Wilde cuando, en una de mis visitas a la cárcel de Reading, me recomendó a Stoker como testaferrero y «negro» literario. El rostro de Florence era armonioso y con ese toque de limpidez y dulzura que tanto encandila a los brutos. Y su marido entraba de lleno en esa categoría. Bram era un tipo escandalosamente vulgar, más que eso: ordinario. Ojillos

porcinos en una faz demasiado redonda, donde una barba mal recortada otorgaba al conjunto una clara sugerencia de descuido y hasta de higiene un tanto defectuosa.

«Creo que tengo al hombre adecuado, querido Arminius», me había dicho Wilde unas semanas antes. «Lo conozco personalmente y estoy seguro de que se amolda como ningún otro a tus expectativas», añadió mirándome como desde el fondo de un pozo. La cárcel estaba haciendo mella en Oscar. La cárcel, el escándalo y el tumor. Eccehomo. El *gentleman* exquisito, el Petronio de Kensington, el espejo en el que se había mirado toda la alta sociedad londinense, no era más que su sombra, una sombra ojerosa y apoplética que nada tenía que ver con el que hace apenas dos años la proyectaba. A nadie se le escapa que la vida en esa asquerosa prisión no era precisamente un pícnic; pero para mí era muy evidente que Wilde se forzaba a sí mismo. Como si buscara más lastre para la caída. Era una degradación deliberada, un dejarse caer al foso de la baja-za y la vulgaridad de las que siempre había abominado. «Se llama Abraham Stoker y es el marido de una antigua... amiga», prosiguió con un guiño que hubiera querido ser pícaro. «Es un escritor convenientemente vulgar, un artesano que lleva años confeccionando obras anodinas, pero fáciles de leer. Y está familiarizado con el terror, con el género quiero decir. Se sabe los trucos. No es un Poe ni un Stevenson, desde luego; pero, por lo que he podido deducir, tú no quieres ni buscas artisticidad para esa novela.» «No, Oscar, la verdad es que no. Lo que yo necesito

es difusión. Los buenos escritores acabáis enfangados en sutilezas psicológicas y en piruetas lingüísticas, y yo no pretendo dar al mundo una obra maestra.» «Por eso te lo digo. Qué mejor que un escritor mediocre para dar forma literaria a una idea mediocre», concluyó sin que me ofendiese lo más mínimo la observación.

Porque era cierta. Lo que yo deseaba era verme en un espejo deformante que me devolviera una imagen chocarrera, una pantomima que oscilara entre lo naif y lo fauvista con un toquecito a lo Rops. A partir de un modelo como el mío, el de un hombre culto y refinado, el de un esteta cosmopolita y exquisito, el de un galán altivo y elegante, Stoker tenía que elaborar algo así como la contraimagen. Del joven de treinta y dos años debía hacer un bicho añoso y decrepito; del conversador desenvuelto, delicado y fascinante, debía sacar un cascarrabias huraño y antipático. Si yo era guapo hasta el delirio, el protagonista de la novela debía ser feo hasta la náusea. Si mi estampa era gallarda y altiva, la de Drácula debía ser cojitranca y encorvada. Si mis delicadas y bellísimas manos lucían una manicura perfecta, las de nuestro vampiro debían ser las más repugnantes que quepa concebir, sarmentosas y deformes, con uñas largas y amarillentas. Ese era el juego, ese el criterio y ese el desafío.

En su día, de eso hacía ya unas décadas, había pensado en Baudelaire para que hiciera el trabajo. Ah, mi queridísimo, dilecto Charles. Qué muerte tan desagradable la suya. La sífilis de nuevo, una de las enfermedades más

ingeniosas y crueles que conozco, y las conozco casi todas. El mal gálico lo zarandeó como a un títere durante los últimos años de su vida. Como, por cierto, a otro de mis grandes amigos, ese monstruo, ese prodigio cerebral llamado Nietzsche. Otro mortal que no lo parecía ni merecía serlo. «Yo de hombre solo tengo la anatomía y el sudor», me decía un día en el porche de su casa de Sils-Maria mientras bebía *anissette* aguado y miraba los astros con una expresión de tristura insondable. Al contrario que Charles, Friedrich nunca dejó que me inmiscuyera en su producción literaria. Debatíamos, eso sí, y a veces con auténtica pasión; pero, excepto dos párrafos de *La gaya ciencia*, que nunca hubieran sido lo que son sin mis sugerencias, se negaba a incluir mis acotaciones en sus escritos. Charles era otra cosa. Uno de los poemas de *Las flores del mal* es enteramente mío (el XXXI, por supuesto) y hay otros seis donde cualquier experto cualificado detectaría mi influencia indirecta.

¿Qué historia vampírica hubiera escrito Baudelaire? Ninguna. No, no era capaz de escribir una novela larga. Eso exige dedicación, sistema, método. Y él no estaba hecho de esa pasta. Una estrofa genial: veinte días con sus respectivas noches. Dos párrafos irrepetibles de prosa poética: tres meses y medio. Charles era un zángano colmenero, un zángano guasón que revoloteaba por los Salones con un zumbido muy molesto y con el aguijón presto a clavarse en la nariz de cualquier filisteo. Y aun en el caso improbable de que se hubiera prestado a escribirla, ¿qué? Nada. Habría

construido un vampiro sórdido, pero excesivamente laberíntico. Baudelaire era demasiado penetrante y no se habría encontrado a gusto cincelando un personaje hecho a base de pura malignidad. Descartado, como tantos otros. El mismo Wilde, sin ir más lejos.

«Quiero aparecer ante el mundo como la condensación final de todas las maldades», le había dicho a Oscar cuando, unos años antes, le hablé de mi proyecto. «Como el más acabado epítome de la fealdad física y moral, ¿qué te parece?, ¿sabrías construir un personaje así?»

No, definitivamente Oscar no habría sabido hacerlo como yo deseaba. Al final, se habría perdido en esteticismos huecos. Además, para qué nos vamos a engañar, no sabía pintar monstruos; solo dibujaba personajes artificiosos, muy teatrales, y aquejados de una logorrea intratable que se contagiaban los unos a los otros en una espiral epidémica sin control. No, no, imposible. Habría construido un vampiro maléfico, pero muy pedante; terrorífico, pero cáustico; muy feo pero en el fondo encantador, un dandi *art nouveau* envuelto en celofán filosófico. Y todo ello adobado, cómo no, con frasecitas oraculares y brillantes, esas sentencias tuyas tan rebuscadas y preciosistas en las que, para ser sinceros, había un poco de todo, desde diamantes de veinticuatro quilates hasta chicles de fresa. Definitivamente, no habría funcionado. Pero volvamos al dormitorio de los Stoker, ¿te parece?

Cuando emergí ante ellos, Bram debía de creer que lo estaba soñando todo. Florence, sin embargo, había descar-

tado esa posibilidad desde el principio y se había entregado a la insólita situación con una actitud digamos que científica, observando, analizando, canalizando el asombro hacia las zonas de la inteligencia donde los fenómenos extravagantes se desmenuzan y se recomponen adecuadamente. Algo dentro de ella debía de estarle diciendo que se encontraba ante un personaje de todo punto irreal, pero que, no obstante, había logrado meterse en la realidad sin hacerla añicos, lo que debería tenerse muy en cuenta a la hora de valorar la presunta fantasmagoría. Si era tal cosa, la verdad es que la corporeización estaba muy conseguida, y si ese ser no era un hombre, lo encarnaba a las mil maravillas. «Fue un flechazo a primera vista», me confesaría más tarde, «el de una flecha que, estando como estaba yo en ese momento, se me clavó limpiamente en una zona a la que habitualmente no llegan las saetas de Cupido». Era así de metafórica, así de sardónica.

En las fotos y dibujos que yo había visto en casa de Oscar, Florence era una joven de innegable belleza, muy delgada, quizá en exceso para los gustos de la época. A la mujer que yo conocí se le había espesado el talle y en su silueta comenzaban a insinuarse las redondeces y los acolchamientos de las mujeres hermosas y sedentarias. Sí, para qué negarlo, era una señora apetecible. Muy apetecible. Un motivo adicional para alegrarme de la elección de su marido como escritor. Un mundo de jugosísimas escenas sicalípticas se dibujaba en lontananza: él escribiendo en su despacho mientras ella y yo retozábamos en su gabinete en

medio de una algarabía semiclandestina, ronroneando o jadeando, mezclando las risas con los gemidos, la felicidad con el dolor, la sangre y la saliva, el placer y el aullido.

«¿Por qué no se cubren?», les dije.

Salieron de la cama, se pusieron sus batines de seda estampada, en tonos grises el de él, amarillo limón con motivos japoneses el de ella, y se sentaron en el borde del lecho aparentando la neutra serenidad de quien se dispone a escuchar el aburrido informe de su contable.

Los ojos de Florence, grandes, magnánimos y profundos, me hablaban desde unas pupilas que ya estaban empezando a arder. Había adoptado una postura excesivamente desenvuelta, de mujer libertina, casi de meretriz, aunque, en su caso, siempre se trataría de una meretriz de lujo. Era elegante y delicada, una condición indispensable si queremos que la casi imperceptible sensualidad de los gestos remueva de verdad las honduras del deseo de un vampiro experimentado. Bram no estaba para ese tipo de apreciaciones.

Di unos pasos por la estancia, esos pasos lentos, augustos, con los que el dandi establece una atmósfera adecuada para su inminente disertación. Paseaba, me mostraba, me exhibía en toda mi grandeza de *connoisseur*, de infalible catador de almas. Bram y Florence no sentían lo mismo, no deseaban la misma cosa. Soy vanidoso; pero, al contrario que los humanos, sé hacer de mi vanidad un arma de seducción. Aquella noche me había puesto de punta en blanco: una camisa color azafrán con lazo Westminster y un

chaleco de damasco rosa sobre un fondo azul de Prusia. La verdad es que estaba radiante. Y yo era el primero en saberlo, algo indispensable para llegar a parecerlo. Me lo confirmaban los ojos arrobados y los labios humedecidos y entreabiertos de la señora Stoker, que temblaron ligeramente cuando desvió la mirada hacia el espejo de bastidor donde se supone que yo debería aparecer duplicado. En su cara, al principio perpleja, comenzó a asomar un brote de alborozo infantil. El inesperado regalo de mi presencia venía envuelto en ilusionismo, en magia, aunque no estuviera muy segura de qué signo.

«Claro que me di cuenta, querido», me confesó semanas más tarde mientras descansábamos tras el Acto, siempre con el tecleto insistente y adormecedor de la Remington de su marido. «En un principio aquello me asustó enormemente; pero no tardé en advertir con regocijo que ese era el signo de tu superioridad, que la ausencia de reflejo era lo que delataba tu naturaleza prodigiosa. Me di cuenta de que eras un ser etéreo y a la vez macizo, y cada minuto que pasaba me ratificaba en tu materialidad, en tu voluptuosa materialidad.»

Cuántos paralelismos, ahora que lo pienso, entre las palabras de Florence y las que había oído apenas unos años antes de labios de una mujer parecida, pero aún más excelsa. Ah, mi dulce, compulsiva, descerebrada e inteligentísima Elizabeth de Wittelsbach.

Sissi, en efecto. Sissi, Sissi... Férrea y maleable. Iridiscente a veces y a veces gris acero. La neurótica más refle-

xiva y sensata que he conocido, y la más refinadamente disparatada. Todas las contradicciones se daban cita en ella, y todas quedaban resueltas en la turbulencia de su carácter. Su cara era un puzle con piezas que encajaban perfectamente, pero que, sin embargo, no correspondían al mismo retrato. Había dos mujeres en ese rostro. Una arriba, con jurisdicción sobre los ojos, y otra abajo, en los labios. De esa forma te podías encontrar la sonrisa más tierna y encantadora cohabitando de mala manera con una mirada seca e implacable. O unos ojos soñadores y somnolientos que a duras penas trataban de desmentir la dureza de una boca firmemente cerrada y en tensión. Una especie de esquizofrenia fisionómica, por llamarla de algún modo. Desconcertante y arrebatadora. Así era ella, así era Elizabeth Amalie Eugenie de Wittelsbach, duquesa de Baviera, reina absoluta del embeleso y el desvarío.

Me amó con pasión desordenada. ¿Pasión desordenada?... Como si fuera posible una pasión sin desorden. Adoraba sus arranques de cólera, aquellos arrebatos de furia caníbal que yo convertía, de modo fácil y expeditivo, en justo su contrario. Apagaba un estado anímico y encendía otro más acorde a la naturaleza del encuentro. El reto consistía en unificar los dos segmentos de su faz y de su ser. Solo yo podía conseguirlo. Una sonrisa, al principio desmadejada, iba tomando forma en su cara todavía enrojecida hasta apoderarse de todo el rostro, de todo su ser. Elisabeth pasaba a ser eso: su sonrisa. Como en Alicia.

Sissi sonriendo: el concepto mismo de femineidad, el

Eterno Femenino, para decirlo bien y pronto. La Laura de Petrarca, la Beatriz de Dante, la Lilith del Diablo. Cierro los ojos y la veo. Los abro y también la estoy viendo. Estamos en el pabellón de caza de Mayerling, nuestro lujoso y apartado nido de amor. Una picardía salpicada de desamparo, una altivez apenas insinuada que, de manera imperceptible, va transformándose en sumisión. Todo el furor enloquecido que unos segundos antes había inundado sus facciones emborronándolas se ha convertido ahora, con la bajamar, en un oasis de placidez desmayada, de entrega. Anuda sus brazos alrededor de mi cintura y se aprieta contra mi cuerpo, cada vez con más fuerza, más y más, como si quisiera, más que abrazarme, entrar en mí, fundirse con mi cuerpo. «Abrázame fuerte», susurra, y yo siento que esa voz, aunque Sissi tenga los labios pegados a mi oído, viene de algún lugar remoto y profundo, de muy abajo, de un pozo del que quiere ser rescatada. La mujer más poderosa del mundo pide ayuda, una soga a la que aferrarse, una rama, aunque sea de espino. Quizá lo que anhela es lo que le lance sea algo así, algo lleno de pinchos, de agujas quemantes, algo que agarrará con la misma fuerza con la que me abraza, sufriendo, llorando de dolor, sonriendo en el dolor. «Abrázame fuerte.»

Esa voz, esas notas que se movían entre la sensualidad y la angustia llegaban a mis oídos como un afrodisiaco infalible. Ella lo sabía y había aprendido a ritualizar las diferentes fases del Acto. Nos gustaba hacer de cada encuentro una función teatral, improvisar diálogos rococó, reinven-